

RURA ⁽¹⁾

Volvamos á los campos, de donde salimos, para venir á embutirnos en las células de estas ciudades oprimidas, pestilentes, hospicios de la vanidad, talleres de una multitud de labores que acaban la vida antes de tiempo, y dan á la humanidad este sello de tristeza, señal de turbación, de clorosis y desequilibrio.

Sin renunciar á las luchas de la inteligencia, á las investigaciones científicas y á los afanes gloriosos de la industria y del arte, pongámonos en mejor terreno, en el terreno inicial, fecundo y primitivo, que es la sacra tierra, de donde todo sale y á donde todo ha de volver. La humanidad ha venido á ser excesivamente cerebral; la civilización no acaba de declararse satisfecha de sí propia ni orgullosa de sus conquistas: amarga sus horas el reverdecimiento de luchas que parecían extinguidas y de problemas que parecían resueltos; amárgala también la nostalgia de la tierra como elemental materia de trabajo. Un poderoso estímulo de atavismo despierta en ella el sentimiento de la

(1) Publicado en *El Progreso Agrícola y Pecuario*.

labranza; con pena y alegría combinadas, recuerda que el labrador es el primer civilizado, y reconoce que el mejor remedio del cansancio presente es volver al origen de las humanas tareas, buscando el reposo en las fatigas elementales para constituir sociedad y fundar la riqueza.

Seamos todos un poco *destripaterrones* y conciliemos la vida urbana con la vida agrícola, aspirando á la suprema síntesis, que ha de alegrar nuestra existencia, restaurando la higiene cerebral, atenuando nuestro neurosismo, y haciéndonos más fuertes y al propio tiempo más religiosos, más dueños de la Naturaleza y menos accesibles á la duda y al escepticismo.

¿Y cómo elogiaré yo ahora la vida campestre? Los que esto lean me agradecerán que antes que con el entendimiento lo haga con la memoria, de la cual me salen estos versos admirables del gran Lope:

¡Gracias, inmenso cielo,
á tu bondad divina!
No tanto por los bienes que me has dado,
pues todo aqueste suelo
y esta sierra vecina
cubren mis trigos, viñas y ganado,
ni por haber colmado
de casi blanco aceite
destas olivas bajas
á treinta y más tinajas,
donde nadan los quesos por deleite,
sin otras de henchir faltas

de olivas más ancianas y más altas;
no porque sus colmenas,
de nidos pequeñuelos
de tantas avecillas adornadas
de blanca miel rellenas,
que al reirse los cielos
convierten destas flores matizadas;
ni porque estén cargadas
de montes de oro en trigo
las eras que á las trojes
sin tempestad recoges,
de quien tú que lo das eres testigo,
y yo tu mayordomo,
que mientras más adquiero menos como;
no porque los lagares
con las azules uvas
rebosen por los bordes á la tierra,
ni porque tantos pares
de bien labradas cubas
puedan bastar á lo que Octubre encierra,
no porque aquella sierra
cubra el ganado mio
que allá parecen peñas,
ni porque con mis señas
bebiendo de manera agota el río,
que en el tiempo que bebe
á pie enjuto el pastor pasar se atreve.
Las gracias más colmadas
te doy porque me has dado
contento en el estado que me has puesto.
Parezco un hombre opuesto
al cortesano triste
por honras y ambiciones,
que de tantas pasiones

el corazón y el pensamiento viste,
 porque yo sin cuidado
 de honor, con mis iguales vivo honrado.
 Nací en aquesta aldea,
 dos leguas de la corte,
 y no he visto la corte en sesenta años,
 ni plega á Dios la vea,
 aunque el vivir me importe
 por casos de fortuna tan extraños.
 Estos mismos castaños,
 que nacieron conmigo,
 no he pasado en mi vida,
 porque si la comida
 y la casa, del hombre dulce abrigo,
 á donde nace tiene,
 ¿qué busca, á dónde va, de dónde viene?
 Riome del soldado
 que como si tuviese
 mil piernas y mil brazos, va á perdellos,
 y el otro desdichado,
 que como si no hubiese
 bastante tierra, asiendo los cabellos
 á la fortuna, y dellos
 colgado el pensamiento,
 los libres mares ara,
 y aun en el mar no para,
 que presume también beber el viento.
 ¡Ay, Dios! ¡Qué gran locura
 buscar el hombre incierta sepultura!

El labrador feliz que en la comedia *El villano en su rincón* enaltece con hermosos versos la paz campestre, señala como enemigos de ésta la guerra, la política y el comer-

cio, y en general detesta las ambiciones, sin considerar que también el labrador ambiciona, y por eso siembra, y que las diversas ambiciones humanas dan valor y empleo á la energía del agricultor. Si hoy viviera, reconocería el buen villano la compatibilidad del cultivo de la tierra con todas las artes, con el comercio aventurero, con la política y aun con la guerra, y dirigiría sus cargos lastimosos contra la calamidad que ahora llaman absentismo, y consiste en que todo villano con suerte abandone su rincón apacible para venirse á holgar en las ciudades, criando á los hijos para paseantes en corte ó para *funcionarios* de postiza ilustración, engrosando así la muchedumbre parasitaria que devora el cuerpo social.

El siglo que ya hemos de llamar *pasado* (y trabajo nos cuesta llamarlo así) nos ofrece, junto á evidentes progresos, fenómenos y casos de contracivilización. El más notorio es el creciente desmedro social de la raza labradora, y el rebajamiento del tipo del hombre de campo. *Los caballeros del verde gabán* han venido muy á menos, bien porque los hijos les han salido poetas medianos, bien porque han menospreciado la labranza para dedicarse á *carreras facultativas*, á cáiques, á diputados, de los de oficio, ó á otros menesteres incompatibles con el cultivo, ó más bien culto de la tierra. Ha ido ésta pasando de manos fuertes á manos débiles en el sentido social; el labrador rico no acierta á formar dinastía; los grandes pro-

pietarios, herederos de tierras ó compradores de las desamortizadas, huyen de ellas, entregándolas á la rutina y á la sordidez de arrendatarios que esquilman lo existente sin crear cosa alguna, ni mejorar lo que no les pertenece.

El labrador se ha declarado plebeyo sin redención posible y pobre de solemnidad. Vamos á la perdición si no impulsamos en el siglo que empieza la magna obra de ennoblecier al labrador, de armarle caballero, de hacerle rico y sabio para que constituya la primera y más poderosa de las clases sociales. Señales hay en estos tiempos de que los venideros marcarán esa dirección en los destinos de España; y si así fuere, los que empalmen el siglo xx con el xxi verán entre otras maravillas el prodigio de la Civilización Bucólica, la agricultura presidiendo todas las artes, el villano engrandecido, las ciudades estacionadas á las orillas de los campos, los palacios entre mieses, la humanidad menos triste que ahora, la tierra engalanada, cubierta de toda hermosura, más joven cuanto más arada, más linda cuanto menos virgen.

Madrid, Enero de 1901.

¿MÁS PACIENCIA...? (1)

La vida española, congestiva en las ciudades, anémica en el campo, necesita ponderación y equilibrio, reparto fisiológico de toda su savia y de todo su calor. Sólo así podrá formarse una nación robusta y saludable, capaz de afrontar el estudio y aun la solución de los ingentes problemas que el malestar humano ha planteado en este siglo. La labor de la tierra, fundamento de los bienes que de la Naturaleza hemos de obtener, clave de la riqueza privada y pública, nos ofrece sus elementos repartidos sin proporción entre el campo y las ciudades: en éstas viven las enseñanzas agrícolas, el conocimiento técnico de máquinas y métodos de cultivo, la burocracia que regula y á veces enmaraña las relaciones entre el Estado y los labradores; en el campo encontramos la fuerza elemental, la rutina, la ignorancia, luchando en desigual contienda con los obstáculos naturales, á los que se agregan las maldades del caciquismo y de la usura. Gigantes son los que así luchan en plena atmósfera de bar-

(1) Publicado en *El Progreso Agrícola y Pecuario*.

barie. ¡Heróico martirio que merece glorificación!

Los frutos de la tierra, de esa madraza que no acaba nunca de amamantar al hombre, se distribuyen también sin ninguna equidad. A las ciudades vienen las saneadas rentas que permiten al terrateniente urbanizado gustar todos los beneficios de la civilización y los innumerables placeres de la vida social, los progresos de la ciencia, los encantos del arte y los mil entretenimientos frívolos, caprichosos, que trae consigo la cultura opulenta. En el campo se queda el trabajo penoso, abrumador, y con él la miseria, el hambre y la desnudez, la ignorancia, que algunos llaman barbarie faltando al respeto que merecen las clases inferiores de la Nación, las cuales, por ser alma y sangre nuestra, tienen derecho, por lo menos, á que las saquemos de ese estado anfibio, medianero entre animales y personas.

De aquel ascetismo que nos vienen predicando como ideal de vida desde el siglo xvi, la España de las ciudades no ha tomado para sí más que algunos formulismos sermonarios, sin valor en la vida real, y abandonando al polvo de las bibliotecas la literatura mazacote en que se nos predicaba un sistema de vida que más bien lo es de muerte, ha relegado á la sociedad campesina el verdadero y efectivo ascetismo, condenándola á pobreza desesperante y á la privación de todos los goces. El español ci-

vilizado ó urbanizado no quiere que le hablen de tal ascetismo. Cuando más, lo considera como un bromazo que el llamado *siglo de oro* quiere dar á estos nuevos siglos, forjados de materias menos preciosas; pero lo aplica cruelmente al pobre español rural, dejándole sólo en la esclavitud de la tierra, en la faena dura que empieza cuando acaba, como los castigos del infierno pagano. Y para que el rural no desmaye, su hermano de las ciudades no cesa de recomendarle con hipócrita unción la práctica sistemática de las virtudes cristianas, genuinamente españolas: la paciencia y la sobriedad.

¡Paciencia, sobriedad! Pero ¿hasta cuándo, señores...? ¿No bastan cuatro siglos de virtudes, aunque éstas, por culpa de los *super-hispanos*, sean desconsoladora mezcla de santidad y salvajismo? El régimen español de vivir mal en la Tierra por que-rencias del Cielo, se sostiene y preconiza en el campo como ley religiosa y social, mientras que en las ciudades se le sustituye por el buen vivir y el gusto creciente de las comodidades. Los *infra-hispanos*, tristes, agobiados, vuelven sus ojos á los que participamos en mayor ó menor grado del humano bienestar, y nos dicen:—Caballeros: ya, de tanto ascetismo, hemos ganado el cielo de la razón y de la verdad. Muy santa y muy buena es la paciencia que por encargo vuestro, y como remuneración de estas tareas, hemos almacenado en nuestras almas; pero el tesoro va mermando de día

en día, y no está lejano el de su total acabamiento. Si queréis para la vida española un florecimiento integral, espléndido, reconoced en nuestra obra el más noble de los oficios, fundamento de todo bienestar y primer impulso de las fuerzas nacionales. No veáis en el cultivo de la tierra un castigo, ni en nosotros la condición de galeotes irredimibles. Sed justos, siquiera benignos, en el goce de los frutos que anualmente sacamos de la tierra. Que los fueros de la obra dura, incansable, no sean inferiores á los de la propiedad descansada. No pongáis entre las ciudades y el campo distancia ideal tan grande que parezcan regiones de distintos planetas. Aproximad, por la recíproca simpatía y por la constante atención, lo que hoy está distante por causa de nuestra rudeza y de vuestro absentismo. Seamos nosotros un poco civilizados y vosotros un poco campesinos. Venid acá y traednos toda la ciencia que en libros ó en viajes aprendisteis, y enseñadnos lo que ignoramos, rompiendo con paciente educación la corteza de nuestra rutina. Traed al campo á vuestros hijos, para curarlos de las caquexias hereditarias y del raquitismo contraído en las ciudades, y llevad á los nuestros allá para educarlos á la moderna. Y á nosotros, que por culpa vuestra conservamos las inteligencias endurecidas, enseñadnos á leer y escribir, aunque sea menester abrir á golpes las puertas y ventanas de nuestros cerrados entendimientos. Igualadnos á vos-

otros todo lo posible. Pasad la piedra pómez por las asperezas de nuestra barbarie; pasadla también por vuestra petulancia y vuestro orgullo, fundado en un poquito de saber y en otro poquito de empacho de tantos goces y divertimientos. Transformad el campo, dándole amenidad, fresca, placidez virgiliana; hacedlo habitable por la seguridad y accesible por las comunicaciones. Si estas voces que al *super-hispano* dirige el *infra-hispano* fuesen desoídas ó menospreciadas, y siguiérais negándonos la educación y aplicando á nuestra miseria las seculares recetas de paciencia y sobriedad, tened en cuenta que así como evolucionan las ideas y los intereses en la eterna rotación de la voluntad humana, evolucionan también las virtudes, y sin quererlo ni pensarlo, nuestras almas se desnudarán de la mansedumbre para vestirse de la severidad; abominaremos del sufrimiento, y ambiciosos de la dicha humana correremos á buscarla y adquirirla allí donde se encuentre. ¿No queréis traernos al campo los beneficios de las ciudades? Pues nosotros llevaremos á las ciudades las inclemencias de estos yermos, representadas en la tempestad de nuestros corazones, ansiosos de justicia. Inteligencias incultas y manos bárbaras os devolverán la lección ascética: contra paciencia, acción; contra miseria, bienestar.

Madrid, Enero de 1904.

LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS (1)

La idea de este periódico ha tomado cuerpo con inopinada rapidez, seguro indicio de la necesidad de su existencia. Ha sido uno de esos estímulos de la vida intelectual que, por su extraordinario poder expansivo, pasan velozmente de la intención de todos á la voluntad de muchos, y de ésta á la ejecución realizada por unos cuantos. Con más ó menos presuroso nacimiento, ello es que ya vive *La República de las Letras*, y dispuesta la vemos á cumplir el ideal programa que trajo de aquella colectiva intención á que debe su origen. Naturalmente, como nacida de un intenso deseo juvenil, ni aun pasando por manos maduras y por temperamentos enfriados ya de la edad, pierde su inicial naturaleza de aventura un tanto temeraria; no se despoja del carácter inherente á toda obra más inspirada que reflexiva, y trae consigo la dulce imprevisión, el entusiasmo de corazón ardiente y vendados ojos, y la confianza en las propias fuerzas. Adelante, hija; ya estás en el mundo de los vivos; agárrate bien á la existencia, y pro-

(1) Artículo inicial de *La República de las Letras*.

cura aumentar tu vigor á cada paso que die-res; fortalécete con la actividad, la paciencia, la tolerancia; ten las potencias del alma bien despiertas y vigilantes, y no mueras mientras dure en tu patria la vital atmósfera de arte y letras que hoy, por fortuna, respiramos.

Esta humilde *República* de los que no gobiernan, ni legislan, ni ponen su mano desinteresada en el mecanismo político y económico de la nación, no viene á mover guerra entre los espíritus, sino paces; no es movida de la rabia de destrucción, sino del generoso anhelo de que algo se construya; no pretende cerrar horizontes, sino ensancharlos, para que todas las hechuras del pensamiento y de la fantasía puedan llegar á los términos distantes de la publicidad. Quiere este periódico agrandar el territorio de la literatura receptiva, de la mansa República de lectores. Ya que no nos sea posible disminuir la cifra desconsoladora de analfabetos, aumentemos la de los que, poseyendo el don de lectura, no leen; la de los que leyendo no entienden, y la de los entendedores ociosos que no han adquirido la curiosidad y el gusto de las sensaciones inefables encerradas en el negro arcano de las letras de molde.

Buscamos lectores, los perseguimos y los sacaremos de donde quiera que estén metidos, para traerlos al conocimiento y goce de todos los ingenios, deparando á los jóvenes mayor difusión de sus trabajos, y á los iné-

ditos y oscuros la claridad á que tienen derecho. Para esto, *La República de las Letras* ofrece al público español no sólo la suma grande de frutos del ingenio que aquí se producen, sino también una recopilación fácilmente asimilable del saber y del imaginar de otras naciones, recogiendo el caudal de las Revistas extranjeras para difundirlo entre nuestros lectores. Así, el aristocratismo de las publicaciones costosas quedará desvinculado y vulgarizado, entrando en el acervo democrático de los conocimientos. Si todo lector tiene derecho á un público más ó menos crecido, según su mérito y constancia, todo lector tiene derecho al pan intelectual, sabroso para los que aman la belleza, nutritivo para los enamorados de la verdad.

Se dirá que la Prensa diaria y sus poderosos rotativos realizan cumplidamente esta misión civilizadora. Así es: gracias á esa fuerza, elevada á su mayor poder en nuestros días, ha podido España aproximarse al corro de las familias europeas. Pero la gran Prensa tiene bastante con la inmensa obra de condensar la opinión en las materias de necesidad primaria, como son el vivir político y económico de la Nación. Subalterna es hoy para ella, no sin motivo, la vida literaria y artística. Pero mientras llega ocasión de establecer en la Prensa diaria el necesario equilibrio entre todas las manifestaciones de la inteligencia, adquiriendo la Literatura y las Artes lugar y crédito mayores

del que hoy tienen, demos á lo nuestro, á este germinar del pensamiento y la fantasía, toda la representación que merece; condensemos su fuerza; reunamos y agrupemos los cerebros que en ello trabajan para que se vea toda su riqueza y variedad; establezcamos, no frente á la selva de la Prensa diaria, sino á su lado, un vivero humilde donde se críen y fomenten innumerables inteligencias, que irán á la conquista del público, así en el campo del Libro como en el del Periódico.

Si esta institución inocente y desinteresada proclama como su primer dogma la paz entre los *Repúblicos de las Letras*, no por eso proscribiremos la libre expresión del pensamiento, sin más limitaciones que las que imponen el mutuo respeto y la buena crianza. La cofradía de tantos espíritus, con una sola tribuna en que hablar á las muchedumbres, ha de dar más campo á la variedad que á la unidad. Hemos de ver criterios diferentes y contradicciones palmarias. ¿Pero quién puede asustarse de la contradicción en estas alturas tempestuosas en que nos hallamos? ¿Quién será el guapo que nos traiga una dogmática, inmutable unidad de formas estéticas, y que al traerla nos la robustezca con el ejemplo, dándonos un magno símbolo de belleza, ante el cual ningún artista contemporáneo deje de prosternarse con admiración y acatamiento? ¿Quién atajará las disputas, quién hallará el remedio de las contradicciones y la clave de la uni-

dad, cuando nos hallamos en la mayor ebullición de ideas y principios que han visto los tiempos?... Reconozcamos en nuestra edad más vibración de nervios desmandados que impulso persistente de caudal sanguíneo. Nos hallamos en la turbación y demencia que preceden á las grandes transformaciones del vivir humano, no por cierto en lo tocante al artificio político, que es cosa bien superficial y subalterna, sino á lo más esencial, á lo que más vivamente interesa á los cuerpos y las almas, al comer y al pensar, al sentir y al poseer.

¿Quién extrañará que esta inquietud precursora de movimientos grandes se manifieste en el reino del arte, sometido al gobierno de la imaginación, que ya es por sí revoltosa y quimerista? Nuestra *República* no excluirá, pues, sistemáticamente las contradicciones, por las cuales más vendrá sobre ella vida que muerte. Confía en ser asistida y alimentada por la muchedumbre de ingenios, y anhela que éstos traigan en sus variadas manifestaciones la honrada sinceridad y el entusiasmo. Tanto hielo tenemos por desdicha en la España contemporánea, que sería locura condenar el choque de ideas, padre del calor y abuelo de la fuerza.

Madrid, Mayo de 1905.